

A modo de prefacio

Mientras trabajaba en mi primer libro, traté por todos los medios de situarme en el lugar del lector y de recordar mis emociones cuando abría cada libro de ajedrez que caía en mis manos, esperando encontrar en él ideas vivas, palabras inteligibles, formas de la belleza del arte ajedrecístico. Aprendí mucho de los libros y aún ahora recuerdo, agradecido, lo mejor de todos ellos.

Los libros que tienen por tema los torneos de ajedrez ("libros de torneo") constituyen un tipo de literatura ajedrecística perfectamente diferenciada. Las posibilidades creativas de su autor parecen estar, a primera vista, bastante limitadas, puesto que está obligado a escribir acerca de un material determinado de antemano y que, generalmente, no es de su propia producción, ni está elegido por él. Este no es el caso. El autor puede interpretar los juegos a su modo, establecer generalizaciones, revelar los planes e ideas que se suceden o que podrían tener lugar en la partida.

Un torneo largo no es una simple colección de partidas. Si además los participantes son los jugadores más fuertes del mundo, las partidas adquieren, entonces, una marcada interconexión: están llenas de ideas que cristalizan y se desarrollan durante el curso de la competición y esta, entretanto, representa, sin duda alguna, un estadio particular en el desarrollo del pensamiento ajedrecístico. Hastings 1895, San Petersburgo 1914, Nueva York 1924, Moscú 1935, Groninga 1946 fueron, por ejemplo, torneos de esa entidad. El torneo de Candidatos que se desarrolló en Suiza, objeto de este libro, se halla entre tales torneos.

Mi trabajo, durante la preparación del libro, partió de la premisa de que cada enfrentamiento era algo valioso, de que constituía una obra de arte producida por la lucha creativa entre dos maestros de la misma categoría. El núcleo de una partida de ajedrez consiste en una batalla creativa de planes e ideas, cuya más alta manifestación tiene lugar en el medio juego. Un buen número de posiciones típicas que se suceden como resultado del enfrentamiento de planes son analizadas en el libro. Ciertos conceptos estratégicos, tales como la debilidad de las casillas negras, la ventaja de la pareja de alfiles, la fuerza relativa de las piezas, la súper protección y otros, son igualmente examinados, así como la influencia de elementos psicológicos como la intuición, los recursos o la voluntad de vencer.

Las partidas de un torneo de grandes maestros acercan al lector a la esfera creativa de los líderes del ajedrez contemporáneo y muestran cómo va tomando forma la batalla, cómo se va creando una obra de arte ajedrecístico. El autor pretendía examinar el área más inexplorada y más interesante del ajedrez: el medio juego y su tratamiento por parte de los grandes maestros de hoy. Ese es el diseño básico de la obra.

El autor trató de no sobrecargar el libro con demasiadas variantes. Las variantes tienen interés si desvelan la belleza de nuestro juego; son innecesarias si van más allá de lo que un ser humano es capaz de calcular; son nocivas si pueden ser sustituidas por el estudio o la explicación de aquellas posiciones en las que la intuición, la imaginación y el talento deciden el desenlace de la lucha. Mi intención fue, igualmente, contribuir a que el ajedrecista que leyese el presente libro pudiera elevar su nivel de juego ajedrecístico.

El lector podrá apreciar errores en diversas partidas del torneo, pero no por ello debiera condenar a los maestros con excesiva saña, antes bien sugiero observe con detenimiento las peculiaridades de la lucha en cada uno de los casos. No hay que olvidar que quien se sienta ante

el tablero es un ser humano, con sus problemas y emociones, que a menudo tienen su origen lejos del ajedrez. La misma persona, ese maestro que se halla en un trance de elegir un plan, o simplemente, la próxima jugada, no siempre puede hacerlo sin considerar su posición en la tabla, sin recordar su resultado de ayer, sin observar el desarrollo de las demás partidas. Una partida no es un análisis. Todo cuanto puede suceder debe ser imaginado sin mover las piezas, los libros no pueden ser consultados, no es posible pedir consejo... El gran maestro tiene una idea, lanza un último vistazo al reloj —es hora de tomar una decisión— y decide correr el riesgo: mueve su caballo a "e5". Un año más tarde, una vez que todo el mundo se ha familiarizado con la posición y tras haber gastado no pocos días en su análisis, es fácil decir autoritariamente al lector: "Un error. La más prudente ~~de~~ era preferible...".

Tal vez sea posible localizar errores incluso en mis análisis y evaluaciones, aunque haya tratado de reducirlos al mínimo. Espero, pues, que el lector sea tolerante con ellos y contribuya a corregirlos. Someto mi trabajo —no muy tranquilo, por cierto— al juicio del lector, y consideraré satisfechos mis propósitos si el contenido del libro contribuye en alguna medida a ampliarle sus horizontes, si aumenta el dominio del juego, si le acerca la creatividad del ajedrez moderno y si, por fin, le ayuda a desarrollar un aprecio y amor más profundos por la ilimitada belleza del ajedrez.

Prólogo a la segunda edición rusa

En el momento de ultimarse esta segunda edición, me gustaría explicar aquello que mantuve en silencio hace cuatro años, en el prólogo a la primera.

El trabajo sometido al juicio del lector pretendía diferenciarse claramente del tipo de comentarios estándar que prevalecía en la literatura ajedrecística. En mi opinión, cualquier deficiencia estética o literaria en un libro de ajedrez es especialmente intolerable si se tiene en cuenta que el ajedrez es precisamente una encrucijada entre el arte y la literatura. No desearía referirme despectivamente a los muchos y notables libros cuyo tema es precisamente la recopilación de partidas, algunos de los cuales son verdaderamente indispensables para todo jugador de ajedrez. Pero sí quisiera decir que en la actualidad el interés de los ajedrecistas por éste género de libros ha decrecido sensiblemente. Ante tal situación cabía preguntarse cómo sería concebida una nueva colección de partidas de marcado tono literario y, lo que es peor, de precio nada económico.

Rechacé, en primer lugar, el papel de compilador de variantes. Tampoco me agradaba publicar un compendio de notas y cálculos. Me pareció que el libro debiera elaborarse a partir, sobre todo, de las ideas y síntesis del autor, así como el texto completo de las partidas comentadas. En esencia, el libro debería poder revelar la riqueza e ilimitados horizontes de las ideas en ajedrez y transmitir las al lector en una forma que, amén de técnica, cumpliera una cierta exigencia literaria.

A juzgar por ciertas manifestaciones y datos de la realidad, el autor, de algún modo, se halló a la altura de sus aspiraciones: la primera edición se vendió rápidamente, mereciendo elogiosas críticas. Mucho más importantes para mí fueron, sin embargo, las numerosas cartas y opiniones recibidas de lectores, muchas de las cuales, lamento decirlo, no fueron contestadas. En esas cartas y manifestaciones del público que me honró con la lectura del libro, se puso de evidencia, junto con una serie de justificadas críticas y localizados fallos, una general aceptación de los conceptos vertidos en la obra. Esas cartas, repito, fueron la mejor recompensa que obtuve por mi trabajo, por lo que aprovecho esta oportunidad para agradecer sus palabras a todos cuantos me escribieron. Debo agradecer particularmente a P. A. Romanovsky su meticulosa e inapreciable crítica —tanto para el autor como para el lector del libro— publicada en la revista *Ajedrez* en la URSS.

Con placer acepté la idea de revisar la edición anterior, habiéndome propuesto eliminar en esta nueva cuanto fuese anacrónico y secundario, desarrollar algunas cosas con mayor profundidad y

añadir un artículo introductorio en el que se reflejasen los últimos acontecimientos en el mundo del ajedrez.

Así, una considerable reducción de los textos relativos a las partidas tuvo lugar en esta nueva edición, pues prescindí de algunos comentarios no esenciales que no contribuían a explicar conceptos de nuestro arte. Esto afecta especialmente a las partidas de las últimas rondas, cuando los resultados del torneo estaban prácticamente determinados y la intensidad de la lucha había decrecido. Por otra parte, unos cuantos errores detectados por el público lector así como por el autor de la obra fueron corregidos. También se mejoró la edición del texto, sustituyéndose algunos diagramas.

Para concluir, permítaseme expresar el deseo de que los amantes del ajedrez me sigan honrando en el futuro tanto con su atención cuanto con la más estricta crítica de mi trabajo.

Puesto que el presente libro está fundamentalmente dedicado al medio juego, no es inapropiado comenzar con unas palabras acerca de la evolución de la teoría de aperturas y del repertorio preponderante en la práctica actual.

En otros tiempos, digamos en la segunda mitad del siglo XIX, el juego solía comenzar con el avance del peón de rey, y las negras, en la mayor parte de los casos, replicaban 1...e5. Defensas como la Siciliana y la Francesa se empleaban, también, pero eran relativamente raras. Aparte algunas excepciones, no menos del cincuenta por ciento de las partidas jugadas en torneos eran abiertas, a menudo incluso más. A finales del pasado siglo y comienzos del actual, se produjo un significativo cambio en las preferencias, inclinándose las blancas por aperturas cerradas y las negras por defensas semiabiertas. Así, en el torneo internacional de Cambridge Springs de 1904, el Gambito de Dama fue la apertura más empleada, la Ruy López la segunda y la Siciliana la tercera. En los torneos más sobresalientes de los años veinte se caracterizaron por la casi total desaparición de la partida abierta, a excepción de la Ruy López. Las aperturas predominantes fueron el Gambito de Dama y otras derivadas del Peón Dama. Al mismo tiempo, los éxitos blancos con el Gambito de Dama y la Ruy López condujeron las preferencias negras a la progresiva elección de sistemas asimétricos –las Indias contra 1.d4 y la Siciliana contra 1.e4–. Fue este un periodo especialmente fértil para el desarrollo de las ideas en las aperturas. Las victorias de jóvenes grandes maestros fueron asociadas a nuevas aperturas, como la Nimzoindia, la Reti, la Grünfeld, la Alekhine.

En el torneo a doble vuelta de Bled –1931–, en el que tomaron parte Alekhine, Bogoljubov, Nimzovich, Vidmar, Flohr, Tartakower, Maroczy, Spielmann y otros, el Gambito de Dama y otras aperturas del Peón Dama se jugaron setenta y siete veces. De estas, las blancas vencieron en veinte ocasiones y las negras en trece. Entretanto, de las veintiuna partidas en que se produjeron defensas Indias, las blancas se impusieron en dos y perdieron... ¡catorce! ¿Es sorprendente que en el periodo que siguió, los años treinta y cuarenta, los practicantes del Gambito de Dama se hallasen en dificultades? Los numerosos éxitos de algunos jugadores soviéticos y otros eran inseparablemente asociados al desarrollo de nuevos sistemas defensivos en las defensas Siciliana e India de Rey, así como en la Nimzoindia y Grünfeld.

Las formaciones de apertura para blancas y negras pueden dividirse, hoy en día, en tres grupos básicos:

1. Ambos bandos, de acuerdo con los principios clásicos, desarrollan las piezas, buscan espacio, tratan de crear un centro de peones, evitan debilidades, etc. Estos conceptos caracterizan la lucha en la mayor parte de las variantes del Gambito de Dama, la Ruy López y la Francesa, así como en algunos sistemas de la Siciliana y la Nimzoindia. Las negras asumen que el derecho a la primera jugada confiere una apreciable ventaja a las blancas en estos casos, especialmente en formaciones simétricas, y que, por consiguiente, deben luchar pacientemente por una igualdad a

largo plazo. Sus chances de victoria son pequeñas, pero con aplicación y técnica esperan poder conseguir unas tablas. El resultado del *match* por el Campeonato del Mundo entre J. R. Capablanca y A. Alekhine fue una típica ilustración del comportamiento de estas aperturas. Treinta y tres de las treinta y cuatro partidas del *match* se abrieron con el Peón de Dama: veinticinco de ellas finalizaron en tablas, seis fueron ganadas por las blancas y dos por las negras. Los maestros de hoy prefieren no jugar tales aperturas, rechazan esquemas simétricos y se inclinan por sistemas defensivos que ofrezcan contrachances.

2. Aparece así un segundo grupo de aperturas, en el que un bando se guía por principios clásicos, mientras que el otro ignora deliberadamente alguno de ellos a fin de obtener un juego activo de piezas, atacando el centro blanco de peones, y, a menudo, simplemente con la intención de complicar el juego. Este grupo comprende los sistemas básicos de la India de Rey, la Siciliana, la Grünfeld, la Nimzoindia y unas pocas variantes forzadas del Gambito de Dama.

3. El tercer grupo comprende aperturas en las que las blancas no pretenden ocupar las casillas centrales en la primera fase del juego, sino únicamente controlarlas, reservándose mientras tanto la definición de su estructura de peones. De esta manera se preserva el máximo de flexibilidad, al mismo tiempo que se contempla la posibilidad de una lucha lenta y maniobrera. Las blancas están igualmente listas para entrar en complicaciones en un momento dado, o para conducir la partida a una fase técnica, si se obtuviera ventaja posicional. A este grupo pertenecen la Siciliana Cerrada, algunas líneas de la Reti, la Inglesa, el Ataque Indio de Rey y otras.

Debe tenerse presente que el nombre de una apertura no define a priori la naturaleza de la lucha en esta primera fase del juego. En el Gambito de Dama, por ejemplo, el sistema Ortodoxo suele dar lugar a una lucha conforme a los preceptos clásicos, pero el sistema Botvinnik y la arriesgada variante Peruana, con su juego forzado y contrachances para las negras, muestran un carácter completamente distinto. En la defensa Nimzoindia, uno de los más notables y vigorosos descubrimientos de la Escuela Hipermoderna de los años veinte, es posible optar por temas posicionales o por agudas líneas de juego.

La evolución conceptual de la teoría de apertura está íntimamente ligada al desarrollo del pensamiento ajedrecístico en general. El Gambito de Dama fue ampliamente practicado durante la época en que el predominio de la Escuela Posicional era patente. Con toda la positiva significación de sus principios, debe, sin embargo, denunciarse una importante deficiencia de la citada escuela: el enjuiciamiento de las posiciones por su apariencia externa. A los ojos de los seguidores de Tarrasch, el protagonista de las teorías de Steinitz, factores tales como peones retrasados, fuerte centro de peones o superioridad en desarrollo eran decisivos para enjuiciar una posición y establecer un plan de batalla. "Una pieza mal situada y toda la posición es mala", decía Tarrasch. A muchos de sus contemporáneos los principios de la Escuela Posicional, avalados por Tarrasch y formulados de manera sencilla y fácilmente inteligible, les parecieron mandamientos de irrefutable sabiduría ajedrecística.

De aquí surgió la concepción –vigente hasta nuestros días– del llamado "juego consistente", que uno de los ajedrecistas aplica a la partida desarrollando un plan lógico del principio al fin, como si estuviera demostrando la corrección de un teorema geométrico. En el tratamiento de una partida de este tipo, uno de los jugadores encarna al guardián de los principios establecidos, el otro al transgresor. El "buen" jugador acumula ventajas posicionales que va depositando en un banco solvente en forma de dinero, a fin de acumular un cierto capital, y una vez que dispone de este lo invierte en un ataque combinativo. Cuando el ataque ha sido ejecutado se efectúa el balance. Resultado del ejercicio: se ha infligido un instructivo mate al oponente, o, lo que es aún más instructivo, se ha ganado calidad. Pero bueno –preguntará el lector– ¿qué ha estado hacien-

do, mientras tanto, el adversario Se lo diré: observar plácidamente a sus peones retrasados y piezas mal situadas, hacer un gesto de impotencia con las manos y, finalmente, decir: "Me rindo".

No creo que deba esforzarme para convencer a nadie de que tales partidas no suelen producirse entre grandes maestros de fuerza similar, ni de que los comentaristas acostumbran a tomar partido por el vencedor, representando así lo deseable como lo real.

Durante mucho tiempo el pensamiento ajedrecístico fue dominado por las leyes de la Escuela Posicional, pero hacia los años veinte se pusieron de manifiesto sus puntos débiles. A medida que el Gambito de Dama iba siendo relegado de los torneos internacionales, comenzaron a aparecer en los primeros lugares de las tablas de clasificación los nombres de Nimzovich, Reti, Tartakower y otros maestros, absolutamente opuestos a la interpretación monolítica y desmesurada de los principios posicionales.

Los jóvenes maestros de nuestro país, que más tarde se alinearían en primera fila junto con los mejores jugadores mundiales, aparecieron en escena alrededor de 1935, capitaneados por Botvinnik. Los continuos y regulares éxitos del ajedrez soviético produjeron la impresión de que la Escuela Soviética de Ajedrez se componía de una homogénea totalidad de ideas y conceptos. Personalmente, no creo que así sea. De hecho, ajedrecistas de los más diversos estilos pertenecen a la familia de maestros soviéticos. Petrosian y Spassky, por ejemplo, en su manera de jugar y respectiva concepción del ajedrez, difieren no menos que Spielmann de Schlechter, y el estilo de Tal no es más parecido al de Botvinnik que el de Lasker al de Capablanca.

¿Cuáles son, pues, las ideas características de los años cincuenta? ¿De qué modo contribuyó el torneo de Suiza al desarrollo de aquellas ideas? ¿Cuál es la tendencia del desarrollo ajedrecístico? Digno de destacar es, antes que nada, el extenso conocimiento que los jugadores de ajedrez han absorbido de la experiencia de generaciones anteriores, lo que ahora permite conducir la lucha con gran energía, ingenio, imaginación y riesgo calculado, todo ellos basado en sobrias evaluaciones y en sopesar las ventajas e inconvenientes de operaciones estudiadas en detalle.

El conocimiento del juego posicional ha progresado notablemente. Aunque Tarrasch proclamó la doctrina de evitar debilidades en el propio campo y su creación en el ajeno, de la acumulación de pequeñas ventajas, de la ocupación de líneas abiertas, de no asumir el ataque hasta que no se reuniesen suficientes premisas, las cosas, tal cual hoy se conciben, son a menudo muy diferentes. Casillas débiles y peones débiles se autoprovoan con frecuencia, a fin de confundir al oponente, las líneas abiertas pueden cederse a fin de preservar las torres para planes más prometedores, proyectos de ataque se revelan al enemigo a fin de disimular las verdaderas intenciones.

El abanico de las posiciones básicas estándar que todo jugador debe conocer ha experimentado una extraordinaria expansión. Como resultado de ellos se ha recuperado un gran número de posiciones consideradas perdidas en el pasado y que, tras las nuevas investigaciones, parecen poder ser defendidas con éxito y, por cierto, de manera activa; pero esto requirió, antes que nada, un juego de preciso cálculo y, en segundo lugar, la audacia de abandonar un punto débil a su hado en determinado momento, y trasladar la lucha a otra zona del tablero. Solo recientemente se comprendió que esta manera de conducir la lucha era característica de Emmanuel Lasker, y que constituyó una de sus mejores armas, precisamente porque su estilo no había sido asimilado por sus contemporáneos. Esta cualidad, sin embargo, no era la única que poseía Lasker, el mejor psicólogo de la historia del ajedrez. Él, mejor que nadie, supo cómo hacer oscilar el péndulo de la lucha a uno y otro lado, sin exceder los límites de seguridad, empujando imperceptiblemente a su oponente hacia el precipicio. Supo realizar, deliberadamente, jugadas que, sin ser malas, no eran las mejores, como pidiendo a su ortodoxo oponente que lo castigase por ello. Este método de juego ha sido descubierto y aun mejorado. Los ajedrecistas modernos se encuentran, a menudo, dispuestos a conceder a su adversario ventajas posicionales aparentes, ya desde las primeras jugadas.

Un notable ejemplo de ellos es la posición que resulta en la India de Rey después de ...exd4, así como el grupo de posiciones producidas tras 1.d4 ♖f6 2.c4 c5 3.d5 e6 4.♗c3 exd5 5.cxd5. El sistema Boleslavsky de la Defensa Siciliana, con el agujero "d5" en el campo negro y su pobre peón retrasado en "d6", parece increíblemente audaz, pero ha soportado hasta la fecha todas las pruebas. Algunos otros ejemplos pueden ser hallados en el libro.

El lector encontrará igualmente aquí descripciones de los métodos técnicos y recursos utilizados por los maestros en el medio juego. La técnica se halla hoy incomparablemente más avanzada que hace algunas décadas. Aquello que ocasionalmente fue una extravagancia forma hoy parte del dominio público.

La maestría en cualquier arte es imposible sin técnica, lo mismo que sucede en el ajedrez. No obstante, la importancia de la técnica en ajedrez no debiera exagerarse. Al final de la partida, cuando decimos "se trata ahora de una cuestión de técnica", se revela a veces no ser tan sencillo, ni tan claro. Treinta años antes, Capablanca era considerado el mejor jugador del mundo, desde el punto de vista técnico. Hoy en día lo es Smyslov. Al analizar las partidas que podríamos llamar "técnicas", así como los finales jugados por Capablanca y Smyslov, llegué a la conclusión de que su juego se basaba en elementos combinativos y en largos y precisos cálculos. Es decir, que la suya es una rara técnica superior. En mayor o menor grado este modo de conducir el final puede observarse en muchos grandes maestros. Mencionaré aquí solo dos finales del torneo de Suiza que ilustran lo que he dicho. Me refiero a los de Euwe contra Stahlberg y de Gligoric contra Euwe.

Existe otra peculiaridad en la práctica contemporánea que el lector observará más de una vez en las partidas de este torneo de Candidatos: una ágil disposición para reaccionar rápidamente ante cualquier cambio en el plan del oponente, modificando abruptamente el propio plan, si existe un fundamento práctico para hacerlo así.

Una de las más sorprendentes y prometedoras tendencias puestas de manifiesto a lo largo del certamen fue el deseo de llevar el juego a posiciones abiertas, a la menor oportunidad. Se diría que el estilo de Morphy de todos los tiempos y que el sueño de todo jugador de ajedrez —sin exceptuar a los grandes maestros— es reintroducir ese estilo, elevándolo a un nivel más depurado. Creo que en los últimos cien años nunca hemos estado más cerca de ello que en el momento actual.

La nueva tendencia, pacientemente forjada por sus representantes a lo largo de varios campeonatos soviéticos, de los interzonales de 1955 y 1958 y del torneo de Candidatos de 1959, se caracteriza por el esfuerzo de catapultar la lucha de una fase lógica a otra combinativa, a cualquier precio, o, para ser más preciso, a una fase en la que predominen los cálculos. El aspecto material de la cuestión —un peón, calidad menos— no tiene especial significación aquí. No es indispensable tampoco que una combinación sea correcta en todas sus variantes. Por el contrario, en muchos casos hasta se diría que el bando defensivo puede rechazar el ataque de encontrar las jugadas correctas. En este punto, no obstante, hay que tener presente que el gran maestro conoce bien sus propias posibilidades y que confía en su fenomenal capacidad para calcular un gran número de largas y complejas líneas. En tal estado de cosas, la partida transcurre a veces por los más extraños cauces: "Jugué con él (un determinado maestro de estilo combinativo) una partida de 32 movimientos y no pude prever ninguna de sus jugadas, salvo cuando me capturó la dama", dijo en una ocasión, no del todo en broma, un maestro posicional.

Los representantes más sobresalientes del estilo dinámico de hoy son, sin duda alguna, Mijaíl Tal y Boris Spassky. La complicación y el cálculo como método de conducir la lucha no son, por supuesto, las únicas armas de estos excepcionales y versátiles ajedrecistas. Ambos poseen una perfecta técnica en el juego posicional, conducen brillantemente los finales y son buenos conocedores de la teoría de aperturas, pero donde dejan verdaderamente atrás a sus colegas es en su habilidad para dotar a la partida de un carácter dinámico y llevarla a una fase en la que es prác-

ticamente imposible guiarse por conceptos y consideraciones genéricas y durante la cual, quiérase o no, ha de jugarse a base de cálculos y más cálculos y moverse dentro de bosques de amenazas.

A uno de ellos le llegó la hora de poner a prueba tanto su fuerza como la eficacia de su estilo, nada menos que en combate contra Mijaíl Botvinnik, el mejor jugador del mundo en los últimos veinte años. El resultado de la contienda, al igual que los torneos que la precedieron, demostró, en primer lugar, que en la persona de Mijaíl Tal tenemos a un claro representante de la tendencia, y en segundo lugar que el nuevo estilo resistió la prueba, lo que significa que este tipo de lucha ajedrecística, que con su propia lógica y principio pone el énfasis en el cálculo de variantes, se halla en alza.

El autor de este libro, durante los veinte años de su carrera ajedrecística ha tenido ocasión de jugar él mismo algunas tensas y agudas partidas, durante las cuales hubo de hacer equilibrios al borde del abismo y piensa que sería erróneo concluir que el ajedrez ha de basarse exclusivamente en el cálculo de variantes. Espero que el curso futuro de la historia del ajedrez desautorice igualmente tales conclusiones y que el nuevo estilo de juego se convierta en uno de los elementos más fructíferos del patrimonio creativo y técnico del arte del ajedrez.

David Bronstein